

STEPHANIE ARCHER

*Tras
el
hielo*



CROSS
BOOKS

SERIE VANCOUVER STORM 1

STEPHANIE ARCHER

Tras el hielo



CROSSBOOKS, 2024
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibros.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Behind the Net*
© del texto: Stephanie Archer, 2023
Publicado de acuerdo con Triada US Literary Agency a través de IMC,
Agencia Literaria S. L.

© de la traducción: María Cárcamo, 2024
© Editorial Planeta S. A., 2024
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: junio de 2024
ISBN: 978-84-08-28875-6
Depósito legal: B. 9.778-2024
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Capítulo 1

Jamie

El lateral izquierdo patina hacia la red y me lanza el disco. Se oye el golpe seco que hace al chocar contra mi guante, y me hierve la sangre de competitividad y satisfacción.

—¡Streicher, menuda parada! —grita mi nuevo compañero de equipo al pasar por delante de mí, y yo suelto el disco en el hielo con un movimiento rápido. Antes, los fans de Nueva York cantaban eso durante los partidos. Cuando gané el trofeo Vezina el año pasado al mejor portero de la liga nacional de hockey (NHL), hicieron referencia al cántico en el discurso sobre mi destreza.

Cerca del banquillo, los entrenadores observan, toman notas y hablan del rendimiento general del equipo. Se me escapa un disco y se me tensa el estómago. El primer entrenador me mira con una expresión que no sé descifrar.

Hace dos semanas, firmé como jugador independiente por debajo de mi valor para poder jugar en el Vancouver Storm. Después del ataque de pánico que le provocó el accidente de coche, mi madre insistió en que estaba bien, pero yo sabía que si me lo ocultaba era porque estaba empeorando. Ahora que el equipo me ha contratado por un valor menor, soy un activo. Podrían intercambiarme por dinero y yo no tendría ningún poder de decisión. Soy como una casa que acaban de comprar a muy buen precio y, si encuentran algo mejor, me venderán.

Estoy muy preocupado. Mi madre lleva años con depresión y ansiedad, desde que mi padre, borracho, murió en un accidente de coche provocado por él mismo cuando yo era un bebé. Pero con el tiempo, se convirtió en algo mucho peor.

Irme de Vancouver no es una opción, y no voy a renunciar al deporte que me gusta, así que esta temporada me tiene que ir bien. Tengo que darlo todo y mantener mi mejor condición para que no me vendan. Este año tengo que concentrarme.

Los jugadores simulan partidos durante los entrenamientos, y yo comento lo que sé de ellos de otros encuentros. He jugado otras veces contra el Vancouver Storm, y los reconozco, pero no los conozco como conocía a mi antiguo equipo. Estuve siete años jugando en Nueva York, desde que tenía diecinueve. No conozco a estos entrenadores, y no me siento en casa en esta ciudad desde que me fui para los juveniles, pero ahora mismo tengo que estar en Vancouver.

Algo me oprime el pecho. Es solo el primer día de entrenamiento, pero nunca he sentido tanta presión para dar lo mejor de mí.

Suena el silbato y patino hacia el banquillo con los demás jugadores.

—Muy bien jugado, chicos —dice el entrenador cuando nos acercamos al banquillo.

Al final de la última temporada, una de las peores en la historia del Storm, Tate Ward ocupó los titulares tras anunciarse que sería el nuevo entrenador. Tiene treinta y bastantes años, no es mucho mayor que algunos de los jugadores del Vancouver, y tenía una carrera prometedora como delantero en la liga hasta que una lesión de rodilla la truncó. Entrenaba en la universidad hasta el año pasado y, por lo que he leído en las noticias sobre hockey, los aficionados son algo escépticos. Los primeros entrenadores suelen ser más mayores, con más experiencia entrenando a nivel profesional.

Ward me mira y, bajo la máscara de portero, se me tensa la mandíbula.

—Tenemos mucho trabajo para la próxima temporada

—dice, observando al grupo de jugadores—. El año pasado terminamos casi los últimos de la clasificación.

El ambiente está tenso mientras los jugadores se cambian los patines. Este es el momento en el que muchos entrenadores señalarían los defectos y debilidades. Lo que el equipo hizo mal el año pasado. Ahora es cuando nos dirá que perder no es una opción.

Como si no lo supiera.

—Solo podemos ir hacia arriba —dice Ward, sonriéndonos—. Ahora, a las duchas y a descansar. Nos vemos mañana.

Los jugadores salen de la pista y yo me quito la máscara con el ceño fruncido. Estoy seguro de que esta fachada agradable y comprensiva de Ward se caerá en cuanto empiece la temporada en unas pocas semanas y la presión sea real.

—Streicher —me llama Ward cuando me dirijo hacia los vestuarios. Se acerca a mí y espera a que los demás jugadores se vayan, asintiéndoles con aprobación—. ¿Qué tal te estás adaptando?

Yo asiento.

—Bien. —Mi apartamento está lleno de cajas que no tengo tiempo de deshacer—. Gracias, eh, por buscarme el piso. Y organizarme la mudanza.

Se me acumula la tensión en los músculos del hombro y me paso la mano por el pelo. Odio aceptar ayuda de los demás.

Ward hace un movimiento despreocupado.

—Nuestro trabajo es ayudar a que los jugadores se instalen. De hecho, muchos jugadores piden un asistente. Podría ayudarte a desempaquetar, apañarte las comidas, llevar el coche al taller, pasear a tu perro..., lo que sea.

—No tengo perro.

Él se ríe.

—Ya me entiendes. Estamos aquí para ayudarte en todo lo posible y que puedas concentrarte en el hielo. Cualquier cosa que necesites, solo tienes que avisarnos.

No necesito ayuda para concentrarme en el hielo. He redefinido mi vida a las dos únicas cosas que me importan: el hockey y mi madre.

—Claro —digo, totalmente convencido de que no voy a pedir nada.

Siempre he sido esa clase de tío que se apaña bien solo. Y eso no va a cambiar.

Ward baja la voz.

—Si tu madre necesita cualquier ayuda, también podemos dársela.

Cuando pedí que me vendieran al Vancouver, fue él quien me llamó para preguntarme por qué. Se lo conté todo. Es el único que sabe lo de mi madre.

Ahora tengo más ansiedad, y por esto no debería haber dicho nada, joder. La gente va a querer involucrarse. Se me retuerce el estómago y se me agarrotan los hombros.

Este año, mi horario va a ser agotador. Ochenta y dos partidos, la mitad en Vancouver y la otra mitad fuera, con los entrenamientos del equipo, los entrenamientos con el portero, y mis propias rutinas. Además de todo eso, tengo sesiones con la fisio, el masajista, la psicóloga deportiva y el entrenador personal.

Algo estalla en mi pecho, una mezcla de competitividad y expectativas. Llevo desde los cinco años compitiendo en el hockey y se me dan bien los retos. La presión me alimenta. Tantos años de entrenamiento me han convertido en una persona a la que le encanta llegar al límite y ganar.

¿Este año? ¿Entre lo cabezota que es mi madre y lo intenso que va a ser mi horario? Esto sí que va a ser un reto.

Pero nada que no pueda soportar, siempre y cuando no pierda la concentración.

—Estamos bien. —No digo mucho más—. Gracias.

Mi madre y yo siempre hemos estado solos. Lo tengo controlado. Como siempre.

Después de ducharme y cambiarme, salgo del estadio para pillar algo de comida e irme a casa a echarme una siesta antes de ir al gimnasio. Voy caminando por un callejón desde el estadio hasta la calle cuando oigo un ruido en el contenedor de basura y me paro.

El culo peludo de una perra marrón sobresale de una caja. Cuando paso por su lado, la perra saca la cabeza y me mira. Tiene macarrones con queso por todo el hocico.

La perra me mira agitando la cola y yo me quedo observándola. Tiene los ojos marrón oscuro y le brillan de emoción. No sé de qué raza es. Pesará unos dieciocho o veinte kilos, puede que sea una mezcla de labrador y spaniel. Tiene una oreja más corta que la otra.

La perra da un paso adelante y yo doy un paso atrás.

—Ni lo sueñes —le digo.

Entonces se tira al suelo y se pone patas arriba para mostrarme la barriga. Se queda esperando, moviendo la cola de un lado a otro sobre la acera mientras me pide que la rasque.

¿Dónde está su dueño? Miró a un lado y a otro del callejón, pero estamos solos. Se me arruga la nariz cuando la observo con atención. No lleva collar y, además de los macarrones con queso del hocico, está sucia y grasienta. Tiene el pelo demasiado largo y le cae sobre los ojos, y, aunque necesita un buen corte de pelo, se ve que está muy delgada.

Siento algo en el pecho que no me gusta.

—No te comas eso —le digo, frunciendo el ceño, mientras le señalo la basura con la cabeza—. Te vas a poner enferma.

Saca la lengua rosa por un lado de la boca.

—Vete a casa.

Mis palabras suenan muy bordes, pero ella sigue esperando a que le rasque la barriga.

Se me encoge el corazón, pero ignoro esa sensación. No. No es mi problema. No quiero distracciones. No tengo ni novia, joder, porque, por experiencia, sé que la gente quiere más de lo que puedo ofrecer.

Pero tampoco puedo dejarla aquí. Podría atropellarla un coche o atacarla un coyote. Podría comer algo que le sentara mal.

En la SPCA, la Sociedad para la Prevención de la Crueldad contra los Animales, se encargarán de ella. Saco el teléfono y, después de una búsqueda en Google, llamo a la ubicación más cercana.

—Hay una perra detrás del estadio, en el centro —le digo

a la mujer cuando me coge el teléfono. En el centro de Vancouver solo hay un estadio, así que sabrá dónde estoy. Se oyen perros ladrando de fondo—. ¿Puede venir alguien a recogerla?

La mujer se ríe.

—Corazón, andamos muy cortos de personal. Vas a tener que llevarla a uno de nuestros centros.

Me enumera los centros que aceptan perros antes de colgar. Los que están más cerca están llenos, así que tendré que conducir un par de horas a las afueras de la ciudad para dejarla. Me quedo mirando el teléfono con el ceño fruncido, y luego miro a la perra.

Se pone en pie de un salto, sin apartar los ojos de mí y moviendo la cola. Es como si pensara que voy a darle un premio o algo. Siento un pinchazo muy incómodo en el corazón.

—¿Qué? —le pregunto, y mueve la cola con más fuerza. Noto algo cálido en el pecho y trago saliva con fuerza.

No puedo dejarla aquí.

En mi mente, mi yo disciplinado y riguroso resopla. ¿Qué pasa con mi horario de locos? No puedo encargarme de una puñetera perra. Ni siquiera puedo tener novia sin joderlo todo. Estoy segurísimo de que no puedo cuidar a una perra. Me voy a pasar media temporada viajando.

Pero no puedo dejarla aquí.

Está moviendo la cola otra vez, y me mira con sus ojos marrones. La llevaré a un refugio, pero no me la voy a quedar.

Esa noche, estoy sentado en el coche delante de la puerta del refugio, observando el edificio pequeño, pero bien mantenido. Oigo ladridos en el interior. Al lado hay un terreno vallado con juguetes para perros y materiales de plástico, como si fuera un parque.

En el asiento del copiloto, la perra mira curiosa por la ventana. Bajo la ventanilla y dejo que olfatee.

Después de pasarme un buen rato leyendo anuncios de perros perdidos en internet, encontré una granja con muy buena nota que se encarga de recoger a perros callejeros y a

reubicarlos con nuevos dueños. Estudian detenidamente a las familias y los perros están muy bien cuidados.

Es el mejor refugio que he encontrado. He conducido tres horas para llegar hasta aquí.

Analizo el sitio con la mirada y me trago el bulto que tengo en la garganta. Me imagino dejándola aquí y se me encoge el estómago.

La perra me mira y jadea con la lengua fuera.

—No puedo quedarme contigo —le digo.

Ella se levanta e intenta subirse a mi regazo. Yo suspiro. No ha parado de intentarlo en todo el camino hasta aquí. Se me sube en el regazo y apoya la cabeza en el reposabrazos.

Mierda. Si llego a saber que iba a ser tan difícil, no la habría cogido.

Mentira. Ni de coña iba a dejarla en un callejón de mala muerte.

Empiezo a repasar las razones por las que no puedo quedármela. Nunca he tenido un perro. No tengo ni idea de cómo cuidarlos. Mi madre tiene problemas graves de salud mental y me necesita, lo admita ella o no. Tengo que concentrarme en el hockey. Tras romper con mi ex, Erin, cuando teníamos diecinueve años, no me he vuelto a comprometer con nadie. Esta perra es una responsabilidad muy grande y tendría que organizar mi horario tan exigente en torno a ella.

Y, aun así, dudo. Observo el edificio en busca de algún desperfecto. Hay alguna que otra hierba en el jardín. Las molduras exteriores necesitan una mano de pintura. En el terreno hay un par de agujeros que seguramente hayan hecho los perros. No puedo encargarme de una perra, pero tampoco puedo dejarla aquí.

Este sitio no es lo mejor para ella.

Me aprieto la nariz a sabiendas de que ya lo he decidido. Joder.

—Oye.

Levanta la cabeza y me mira con los ojos brillantes. Se me encoge el corazón.

—¿Quieres vivir conmigo? —le pregunto, y sigue mirándome con esos ojos preciosos—. Oh. Quieres un premio.

Se levanta, salta de mi regazo al asiento del copiloto y espera. Me giro al asiento de atrás y cojo la bolsa de premios que le he comprado, le doy unos cuantos y miro cómo se los come.

Estoy decidido e ignoro la vocecita de mi cabeza que me dice que no es una buena idea. Miro a la perra hacerse una bola en el asiento del copiloto y quedarse dormida. Tengo dinero para contratar a un asistente este año, y la perra estará bien cuidada.

Navego por los contactos de la agenda de mi teléfono hasta que encuentro el que busco.

—Streicher —responde Ward.

—Hola. —Me froto la mandíbula y una mala sensación me recorre por dentro de nuevo—. He cambiado de idea. Sí que voy a necesitar un asistente.